VII

HACIA MÉXICO

MAXIMILIANO ES UN MARINO. En las horas difíciles, el mar le era benéfico. También en esta ocasión va a calmar su confusión, su tristeza. Al día siguiente de la partida, aparece, sonriente, en el puente de la *Novara* charlando con los miembros de su séquito y de la tripulación. Se siente completamente feliz cuando, pasando cerca de la isla de Brioni, en el punto extremo de Istria, ve reunida, para festejarlo, a la flotilla de los pescadores del Adriático.

El mar está tranquilo. Únicamente un leve balanceo apenas perceptible. Y bello también, unas veces de un azul de lapislázuli, y otras de un verde esmeralda. Los pasajeros que, en este navío tan cómodo disponen de cabinas lujosamente amuebladas, pueden con toda calma admirar la belleza de los paisajes. El día 16 están frente a Otranto y saludan de lejos a Corfú. Luego se rodea el talón de Italia. Sicilia: ven el monasterio benedictino de San Plácido que, encaramado en una roca, domina el estrecho; Mesina, apoyada en sus montañas; flota en el aire el perfume de los naranjales. Cree uno vivir un sueño de poeta, dice Carlota. Pasando a lo largo de las islas de Lípari se ve, emergiendo del mar, el Estrómboli humeante, que, en la noche, parece un faro.

El 18 de abril, la *Novara* llega a Civita Vecchia. Maximiliano ha querido que su primera visita fuera para el Padre Santo. Cree que es emperador por voluntad de un pueblo, pero tiene que serlo, como todos los soberanos de su raza, por la voluntad de Dios y tiene necesidad de la bendición del Papa.

En el momento en que la *Novara* echó el ancla ante Civita Vecchia, llega a bordo el conde de Montebello acompañado del señor de Sartiges, ministro de Francia. Se presentan en seguida los representantes de Bélgica y de Austria ante la Santa Sede. Finalmente llega un cardenal enviado por el Papa. A todos se les recibe con los honores debidos a su rango. Se ven sobre el puente toda clase de uniformes. En torno del navío izan sus banderas barcos de muchos países y los marineros agitan sus gorras. Truena el cañón y resuenan aclamaciones.

Se conduce a tierra a los soberanos. Desde el momento en que ponen el pie en suelo italiano, se dejan escuchar músicas militares francesas y la música pontifical. La condesa Kollonitz, dama de honor de la emperatriz, nota que "todo tiene lugar aquí por gracia del emperador de los franceses". Hacen valla tropas francesas, saludan sables y bayonetas francesas y son carrozas francesas las que transportan a la estación a Maximiliano y a Carlota. Éstos suben a un tren especial que los conducirá a Roma.

En Roma, una vez más, "pantalones rojos y bigotes". Pero son prelados, el cardenal Antonelli, secretario de Estado, y monseñor de Mérode, belga de nacimiento, ministro de las armas pontificales, los cuales reciben, a nombre del Padre Santo, al emperador y a la emperatriz. La guardia pontificia les rinde honores y, desde el momento en que salen de la estación, una multitud que se amontona a su paso los aclama hasta el palacio Marescotti en donde se hospedarán. Este palacio fue puesto a su disposición por Gutiérrez de Estrada, su propietario. Es "encantador", declara entusiasmada Carlota. Maximiliano parece "radiante, lleno de gracia y animación", observa monseñor de Mérode.

Por orden de Napoleón III, las tropas francesas rodean el barrio y vigilan los alrededores. "Saben bien los franceses por qué lo protegen tan bien, porque no hallarían fácilmente a otro hombre dispuesto a aceptar la corona de México", anota Muller, un alemán malévolo pero lúcido.

En la noche misma de su llegada, los soberanos, ambos siempre apasionados de las nuevas visiones que ofrecen los viajes, quieren ir al Coliseo. Van allá a las once, con su séquito. La luna está clara, brillante. El espectáculo es "abrumador" de esplendor, al decir de Paula Kollonitz. Y luego, poco a poco, se levanta la neblina, lo invade todo y borra la grandeza romana. Ya no se ve nada.

Al día siguiente se celebra una misa matinal a las siete y media en las catacumbas, y luego, conducidos por monseñor de Hohenlohe y monseñor Nardi, Maximiliano y Carlota van

a recogerse a San Pedro, sobre la tumba de los apóstoles. Finalmente llega la hora de la audiencia pontificia. La emperatriz y las damas de su séquito visten el uniforme de uso: vestido negro de mangas largas y velo negro en la cabeza. Guardias de uniforme, cardenales y arzobispos preceden a la pareja imperial y a su séquito hasta el salón donde el Papa se presentará. Aparece y todos se arrodillan para recibir su bendición. Inmediatamente después, conduce a Maximiliano y a Carlota a su gabinete. Visita en la que no se tocan las cuestiones esenciales para las relaciones futuras de la Iglesia y del Estado mexicano. Cuestiones de las cuales, una, es muy espinosa: la de los bienes eclesiásticos. Por otra parte, Napoleón le recomendó a Maximiliano no abordarla por el momento.

Por la tarde, después de una visita a la familia real de Nápoles, gran comida y recepción en el palacio Marescotti. Una comida de cuarenta cubiertos. Está presente todo el cuerpo diplomático y asimismo los grandes dignatarios pontificios. Está allí el cardenal Antonelli, rostro agudo, inteligente, de aspecto muy joven; y también monseñor de Mérode, antiguo oficial a quien, según declara su vecino de mesa, le va mejor el uniforme que la sotana. La emperatriz lleva una corona de diamantes que realza su belleza. Está feliz. "Todo el mundo ha estado muy amable con nosotros, y la abnegación de que Max da pruebas no retrocediendo ante una tarea tan difícil, parece llegar al corazón de todos", dirá unos días más tarde.

En San Pedro, a la mañana siguiente, temprano, celebra el Papa una misa especial por la pareja imperial. Maximiliano y Carlota reciben la comunión de su mano. Elevando la hostia por encima de sus frentes inclinadas, les dirige algunas palabras: "He aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Por él reinan y gobiernan los reyes... Os recomiendo en Su nombre la felicidad de los pueblos católicos que os han sido confiados. Grandes son los derechos de los pueblos y es necesario satisfacerlos, pero más grandes y más sagrados son los derechos de la Iglesia... Respetaréis, pues, los derechos de vuestros pueblos y los derechos de la Iglesia, lo que significa que trabajaréis por la felicidad temporal y por la dicha espiritual de esos pueblos..." Estas palabras llevan en sí una advertencia. ¿La entendió Maximiliano? Después de la misa tiene lugar un desayuno íntimo en la biblioteca. Luego se retira la pareja imperial después de haber donado, como dinero de San Pedro, una suma de cuarenta mil francos.

Al mediodía llega Pío IX con gran pompa al palacio Marescotti para devolver oficialmente la visita que se le hizo. Los soberanos lo reciben de rodillas en lo alto de la gran escalera.

El viejo Gutiérrez llora de alegría. ¡Qué honor para su casa! ¡El Sumo Pontífice viene en persona a su casa para testimoniarle su benevolencia al emperador y a la emperatriz de México! El pueblo, que, siempre curioso por ver a los grandes personajes, se ha amontonado en derredor del palacio, empieza, sin embargo, a murmurar la letra de un pasquín que circula en la ciudad:

Desconfía, Maximiliano,
vuelve pronto a Miramar.
El frágil trono de Moctezuma
es una trampa francesa,
una copa de espuma.
Quien olvida el *Timeo Danaos,*
encontrará, en vez de la púrpura,
la cuerda para colgarlo.

Cuando se retira el Papa, Maximiliano lo acompaña hasta su carroza y, ante los papanatas reunidos, permanece de rodillas en la calle hasta que se aleja el séquito.

Se fija la partida para las cuatro horas. Carlota se aprovecha de las horas que quedan para dar un último paseo en Roma: los jardines del Pincio, la villa Borghese, la fuente de Trevi. Luego vuelen a tomar el tren para Civita Vecchia. En la estación, la multitud aclama una vez más a esta joven pareja, con un entusiasmo en el que se mezcla un poco de aprensión. ¿Qué encontrará en aquel país lejano? ¿La púrpura o la cuerda?

Carlota se lleva un recuerdo deslumbrante de esta corta estancia. Roma la ha "transportado". Esperaba ciertamente que esto fuera bello, conmovedor, pero todo ha estado "por encima de lo que esperaba". La han encantado el arte y la naturaleza, aun cuando todo lo haya visto "corriendo". Pero ésas son vistas que no pueden olvidarse. También ha sido profunda la impresión espiritual. Ha sentido que se exaltaba su fe. "En San Pedro, cuando se ven las palabras inscritas en la cúpula: *Tu es Petrus...;* cuando se está ahí donde se encuentra el cuerpo mismo del apóstol, no puede uno privarse de exclamar: "¡Dios mío, creo!" Porque el dedo de Dios y la cadena de la tradición al través de los siglos, son demasiado visibles para no herir al alma con una luz doblemente viva..."

Maximiliano no saca nada de su visita, excepto las bendiciones del Padre Santo. No aprovechó la oportunidad de discutir, frente a frente y a fondo, la cuestión religiosa con el jefe de la Iglesia. No "entabló, al decir del cardenal

Antonelli, ninguna negociación relativa a los asuntos de México", y si el Papa, "no firmó ningún concordato, es que no se le pidió que lo hiciera". No fue abordado el problema de las tierras y de los bienes confiscados a la Iglesia. Se decidió solamente que pronto sería nombrado un nuncio, el cual, en México, negociaría con el emperador un concordato. Falta grave, porque los poseedores de bienes eclesiásticos están impacientes por ver regulada la situación y quieren tener la certeza de no ser molestados.

*
* *

En tanto que Maximiliano y Carlota, llenos de esperanzas, están a punto de abandonar Europa, el conde Rechberg recibió noticias inquietantes del embajador de Austria en Washington. El 4 de abril, la Cámara de Representantes votó por unanimidad una resolución oponiéndose al reconocimiento de una monarquía en México. Esta resolución, dijo el secretario de Estado, Seward, expresa exactamente "el sentimiento del pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica respecto de México".

Evidentemente, los Estados Unidos, impedidos en estos momentos por la guerra, no pueden actuar; pero la amenaza es grave. Tanto más grave cuanto que los acontecimientos giran en favor del Norte. El presidente Lincoln, tenaz, enérgico, no vacila en tomar todas las medidas capaces de asegurar la victoria final, y el general Grant afirma su superioridad. Muy pronto, un millón de hombres, admirablemente equipados, serán lanzados a la lucha. La Confederación sucumbirá bajo sus pies.

Y la opinión pública manifiesta un interés creciente por lo que sucede en México. La trabaja hábilmente Romero, representante de Juárez cerca de la Unión. Fundó en Nueva York un *dinner group,* en el que se discute la cuestión mexicana. Este grupo reúne a personas importantes, políticos, banqueros, juristas, periodistas, escritores, propietarios de bienes raíces, todos ellos capaces de ejercer eficaz influencia en sus respectivos medios. En marzo de 1864 tiene lugar un banquete en Delmonico, el más elegante restaurante de todos. Se reunieron en ese día "para testimoniar su simpatía por esa república en peligro que resiste desesperadamente la invasión". Está ahí un gran hombre de negocios, William Aspinwall, constructor del ferrocarril de Panamá y fundador de la Compañía de Navegación; George Bancroft, historiador y diplomá-

tico; Charles King, presidente de la Universidad de Columbia: William Cullen Bryant, director del *New York Evening Post*. En la mesa de honor, las banderas de México y de los Estados Unidos. Una enorme pieza montada representa las armas de la República Mexicana: un águila sobre un nopal y éste sobre una roca que emerge de las aguas. En el momento de los brindis, Romero levanta su copa por Abraham Lincoln y luego por don Benito Juárez. Estallan los aplausos. Y Charles King, el universitario, bebe por "Juárez, ese hombre de raza indígena que lucha por ver libre a su país, libre política y espiritualmente". El último orador es joven, el más joven de todos los comensales. Habla, dice, en nombre de la joven América: "Os aseguro que la invasión francesa contra este continente es un insulto directo a la juventud. Cuando haya terminado nuestra propia guerra, no habrá una ciudad ni una aldea que no quieran poner en pie una compañía de soldados para volar en socorro de la república hermana que actualmente libra tan glorioso combate. Propongo un brindis que seguramente irá derecho al corazón de cada uno de vosotros: ¡Por la doctrina de Monroe!"

Otra iniciativa mexicana: la creación en Nueva Orleáns, en el invierno de 1864, de un club, *Los Defensores de la Doctrina de Monroe,* D.M.D., que reúne a oficiales americanos y refugiados mexicanos. Allí se declara que el Norte y el Sur deberían asociarse para arrojar a los franceses de México. Se funda un premio que le será entregado a quien escriba el mejor ensayo sobre la doctrina de Monroe.

Habiendo permanecido hasta estos momentos en el dominio de la teoría, la doctrina de Monroe toma ahora cuerpo. Bajo el impacto de los acontecimientos de México, se desarrolla en la conciencia americana poco a poco el sentimiento de que todo el continente debe ser solidario contra los "invasores". En algunos círculos se llega hasta considerar una coalición del Norte y del Sur reconciliados para arrojar de México a los franceses.

No obstante, el gabinete de Washington permanece prudente. Seward, sin cesar de advertirle a París que el establecimiento de una monarquía en México no sería "ni fácil ni deseable", evita sin embargo los gestos y las palabras que pudiesen llevar demasiado lejos. Sabe bien que lo que quiere Napoleón "es salir de México". ¿No se lo ha dicho él mismo a Bigelow, el diplomático americano? Basta, pues, esperar. Pero todo esto lo ignora Maximiliano.

*
* *

La *Novara* entra el 24 de abril en la bahía de Algeciras. Allí, una sorpresa agradable. Aun cuando el gobierno imperial no sea reconocido por Inglaterra, se le rinden al emperador de México los honores soberanos, tanto por los cañones españoles como por los cañones ingleses. El gabinete británico, a ruegos de la reina y por simpatía hacia Maximiliano, le dio órdenes al general Codrington, gobernador de Gibraltar. Maximiliano está encantado con estas deferencias. Y Carlota observa: "He aquí lo que nos pone en relaciones oficiales con estas potencias".

Los ingleses se muestran muy solícitos con sus huéspedes. Les sirve de cicerone un oficial, y para ellos manda abrir las verjas del fuerte. Suben por bellas galerías talladas en la roca hasta la cumbre de la Roca desde donde se descubre una vista admirable. Al regreso pasan por bellos jardines llenos de cactos gigantes, de flores deslumbrantes y se recogen naranjas. Todo crece aquí con lozanía. Admiran en seguida la ciudad inglesa, limpia a pesar de los moros, los españoles y los judíos. Por la tarde se le ofrece un banquete al general Codrington a bordo de la *Novara*, en la cabina del emperador. Al día siguiente, después de haber asistido a carreras de caballos, el emperador y la emperatriz vuelven a bordo. Y por la tarde se leva el ancla.

El 29 de abril, Madera está a la vista. El barco entra en el puerto de Funchal. Corta detención de un día, suficiente tiempo para un paseo a caballo al través de la isla. ¿Encuentra aquí Maximiliano el fantasma de la joven princesa muerta tan prematuramente que encarnó, para él, a la felicidad? ¿Y se acuerda Carlota de su soledad de joven desposada decepcionada cuando Maximiliano la abandonó para ir a Brasil?

Y luego es la gran partida. El océano está plomizo, agitado, las nubes están bajas, pero el viento es favorable. Poco a poco, Madera se desvanece y desaparece. No se volverá a ver tierra sino en Martinica. Maximiliano señaló esta escala, porque sabe que fueron internados allí prisioneros mexicanos, después de la batalla de Puebla.

Los soberanos trajeron consigo a algunos de los personajes que formarán parte del círculo inmediato que los rodeará: el ministro de Estado, Velázquez de León, un anciano muy feo, cortés, sencillo, de espíritu sutil y de maneras distinguidas; su colaborador, Ángel Iglesias, que tiene el título de subsecretario de Estado, es joven y de aspecto agradable; hizo estudios

en París y cultiva ferviente culto por su patria. El general Woll, primer ayuda de campo, ascendencia alemana y educación francesa, hizo su servicio en México. El conde de Bombelles y el consejero de Estado, Schertzenlechner, son personas del trato usual con Maximiliano; el señor Eloin, un belga de espíritu demasiado limitado que detesta a los franceses; el conde Zichy, gran maestre de la casa Imperial, y el marqués de Coria, gentilhombre de la emperatriz. El señor de Kuhachevich, un húngaro dedicado enteramente al emperador, que ejerce las funciones de tesorero de la corona; la condesa Paula Kollonitz y la condesa Zichy, damas de honor.

Maximiliano y Carlota aparecen raramente en el puente. La emperatriz da un corto paseo, siempre el mismo. Presta poca atención a los esplendores de la naturaleza, a las puestas del sol, por ejemplo, que maravillan a su séquito. Encerrada en su cabina, lee y escribe. Perfecciona su conocimiento del español y pasa el tiempo preparando su vida futura, lo que la absorbe completamente. En cuanto a Maximiliano, reúne todos los días a sus compañeros para consultarlos y trabajar con ellos en la organización de la corte.

Durante esta larga travesía que inclina a la meditación, si los nuevos soberanos piensan mucho en el porvenir, tienen sin embargo todo el ocio necesario para reflexionar en todo lo que dejan tras ellos. Se acuerdan de los consejos de Leopoldo. Y Maximiliano deplora haber consentido en firmar aquella acta de renuncia impuesta por Francisco José. Ambos piensan en ello, y Carlota redacta una protesta formal. "Se nos ha hecho firmar esa acta sin que la hubiésemos leído antes, y ejerciendo sobre nosotros la más notoria presión moral y por todos los medios, presión que fue comprobada por numerosas personalidades de Austria, de Francia, de Bélgica y de México, y en un momento que se supo explotar, a saber, la situación que existía entre Francia, Austria y nosotros. Declaramos, bajo fe de juramento, jamás haber leído u oído leer tal documento... He aquí por qué protestamos contra esa tentativa de usurpación..." Tentativa ilegal, puesto que las dietas de las provincias reunidas bajo la corona de los Habsburgo no fueron consultadas respecto de este asunto, y sólo esas dietas pueden efectuar cambios en las leyes de la Pragmática Sanción.*

Este documento, del que se hicieron tres ejemplares, fue firmado por el emperador y la emperatriz y luego por los consejeros Schertzenlechner y Eloin, los cuales declaran haber sido testigos de la presión ejercida sobre Maximiliano para obtener su firma. Uno de los ejemplares se depositará en los archivos de México, y los otros dos le serán confiados a la embajada mexicana de Viena. En caso de necesidad podrán servir, bien cerca de las potencias europeas, o bien cerca de la cámara austriaca.

* Ley sucesoria promulgada por el emperador Carlos VI en 1713 que le permitió a la archiduquesa María Teresa convertirse en emperatriz.

El acto es grave. En primer lugar, da pruebas de una evidente mala fe. El texto de la renuncia le fue remitido a Maximiliano, y sus términos le fueron comunicados por Rechberg y por el mismo Francisco José. Por otra parte, este llamado a los pueblos de la monarquía contra su soberano, es un gesto de hostilidad, si no de rebelión, que podría, si alguna vez fuese conocido, agravar todavía más las relaciones entre los dos hermanos.

Si en el fondo subsiste en Maximiliano y Carlota la amargura de haber sido "frustrados", dan pruebas durante la travesía de una especie de ligereza, de indiferencia, que se manifiestan en preocupaciones con frecuencia pueriles. Así, las pragmáticas de la corte. Se preparan decretos para la precedencia en las ceremonias públicas. Se crea un decorado nuevo, una guardia palatina, funciones bien retribuidas para el séquito del emperador; se estudian con gran seriedad los bordados de los trajes. Y Maximiliano en persona escribe un tratado del ceremonial, que consta de seiscientas páginas, con planos y dibujos.

*
* *

La *Novara* pasó la línea con los regocijos de costumbre. Desde ese momento, todo cambia de aspecto, las estrellas, la luna, los pájaros que anuncian tierra. Después de diecisiete días de navegación, llegan a Fort-de-France. Barquichuelos donde se hallan negras con turbantes y vestidas de telas de colores crudos, y las cuales ofrecen frutas, rodean al barco anclado cerca de la costa.

Estancia encantadora en la Martinica, donde acoge a la pareja imperial el gobernador, almirante Maussion de Candé, viejo gentilhombre de muy antiguo régimen, y su esposa, y ambos se muestran muy corteses. Los viajeros hacen una excursión al Piton de Vauquelin, en donde se disfruta de un espectáculo magnífico y salvaje de la naturaleza tropical, espectáculo que exalta a Maximiliano sensible siempre a la belleza de los paisajes. Por la noche, en la ciudad iluminada,